

CENTENARIOS Y RECONCILIACIONES

Marco Vinicio Mejía *

La patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal. Se la sirve. No se la toma para servirse de ella.

José Martí

Si en 1992 se cumplen quinientos años del inicio de la ocupación europea, también durante este año emblemático habrá que recordar el inicio del ocaso de la expansión española en América, principiado en 1892 por los cubanos revolucionarios y rematado, en 1898, con la rápida guerra entre España y los Estados Unidos.

El proceso de 6 años se inició con la fundación del partido político y la publicación del periódico con los que se pudo organizar la lucha por la independencia de Cuba. Impulsados por José Martí, ambos medios buscaron darle un carácter común a los anhelos independentistas de los cubanos exiliados, divididos debido a los personalismos, ambiciones e indisciplina.

Martí buscaba que en el Partido Revolucionario Cubano (PRC) se aglutinaran todas las organizaciones del exilio. Al temer ser acusado de utilizarle en beneficio personal, el prócer declaró que éste sería disuelto una vez lograda la independencia de la isla. El periódico aparecido ese año se llamó *patria* y en sus páginas se publicaron las informaciones provenientes de los Cuerpos de Consejo del PRC, conformados por células populares.

Si bien los revolucionarios cubanos fueron minando en forma progresiva los restos del imperio español hasta su total extinción en 1898, fue la acción de los Estados Unidos la que dio el tiro de gracia al expansionismo ibero. Al ser derrotada y expulsada España de las Antillas y del Pacífico para imponer otra ocupación, la norteamericana, se llenaron los vacíos que

dejaba un poder colonial decadente.

España fuera del corazón

Si el inicio de la ocupación española es motivo de celebración, reflexión o repudio, de igual manera no puede olvidarse que el principio del final de la dominación hispana también representó una serie de profundas transformaciones políticas y culturales.

Los intentos por arrancarse la identidad impuesta por el coloniaje ibero, en muchos casos sólo ocultaba el deseo de formar parte de otra cultura, otro mundo, de un extraordinario avance material. Después de la independencia política, se buscó que los países latinoamericanos siguieran la senda de la grandeza abierta por los Estados Unidos y la Europa occidental. "Seamos los yanquis del sur", dijeron tanto Justo Sierra en México como Juan Bautista Alberdi en Argentina.

Esto sólo podía lograrse mediante el lavado de cerebro ofrecido por la educación de corte positivista (aún subsistente en Guatemala, con ligeras variantes) y con un no menos fuerte lavado de sangre en forma de inmigración masiva en los países donde prevalecían los nativos. O sea, para transformar la identidad impuesta por los españoles se tenía que aceptar otro tipo de dependencia, la cual fue justificada por los Estados Unidos al ampararse en su supuesto destino providencial para imponer su organización política, sus modos de vida, sus patrones culturales y económicos y su visión del mundo, como si se tratara de arquetipos universales.

Ese "norte revuelto y brutal", como lo calificó José Martí, ha despreciado nuestra cultu-

* Guatemalteco, Abogado y Notario, Escritor, Periodista, Asesor de UNESCO.

ra, nuestro modo de ser y nuestras aspiraciones, por ser completamente diferentes a los prototipos y falsas escalas de valores con que nos inunda desde sus centros ideológicos y de comunicación. Martí hacía una distinción tajante entre la "América Sajona" y lo que llamó "Nuestra América" pues, por muy pujante que resultara aquella, la ajena, la propia aparecía con mayor grandeza ya que "para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachármelo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz".

Esta evocación del pensamiento de Martí - aquí en Guatemala llamado "Doctor Torrente" por su discurso caudaloso-, es una réplica a una de las tantas auto justificaciones y oficiosas propuestas de reconciliación de los peninsulares. En la revista *Cambio 16* del 30 de marzo de este año, el escritor español *Antonio Alorza* afirma que el reconocimiento de la necesidad de independencia de Cuba, propiciado por Martí, "no implica una renuncia a las raíces españolas, ni a contar con los españoles de la isla, una vez rota la dependencia. Esta ruptura había de llegar, y llegó, tras una guerra cruenta, pero sin odios".

Nada más falso, porque la crueldad y la desinteligencia del colonialismo hispano condujo a un rencor visceral, centenario, latente, especialmente entre los descendientes directos de los pueblos subyugados. En el caso cubano, recordemos que los indígenas de la isla fueron exterminados al igual que los de las otras Antillas Mayores y de ahí que la negritud quedara como la expresión de ese doble silencio de una cultura medio vacía.

Para Martí, nada resultaba tan claro como el parricidio cultural, a pesar de que era hijo de padre valenciano y madre canaria. En uno de sus artículos en *Patria* afirmaba: "El trabajo no está en sacar a España de Cuba sino en sacárnosla de nuestras costumbres. No podemos esperar que al día siguiente de la expulsión del gobierno español de la isla, "quede Cuba

purgada de los defectos de carácter, que pus a pus, fue ingiriendo... ni hemos de resolver de un golpe los problemas acumulados secularmente".

Los necesarios redescubrimientos

Ese proceso iniciado en 1892 y en el que dominó la figura de Martí como "apóstol a fuego y forja", culminó en 1898 con la sustitución de enclaves coloniales. La guerra final en América condujo, paradójicamente, a que los españoles se preocuparan por redescubrir su propia identidad, después de sentirse abandonados en una especie de vacío.

El trauma provocó el surgimiento de la promoción de la derrota, que se llamó a sí misma "Generación de 1898". Esta consideró que fue "tiempo perdido" la relación mantenida por España con América Latina durante tres siglos y que, en lugar de desperdiciar la energía de su sangre y cultura, la Metrópoli bien pudo esforzarse por ser una nación plenamente europea. España parecía expulsada de la historia moderna al quedar al margen de la historia europea. Pío Baroja se lamentaba así: "Hemos purgado el error de haber descubierto a América (...) España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas tan fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia del tronco. Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas y España queda como un tronco negruzco de un árbol desmochado". Según Ortega y Gasset, los españoles tenían que recuperar su pasado germánico y esto implicaba un regreso a Europa. O sea, a España tenían que europeizarla.

La meta del redescubrimiento de España fue abierta en 1898. Aún hoy apunta como un fin que sólo podrán alcanzarlo los españoles europeizados. Han transcurrido quinientos años para que los españoles comprendan que su destino está en reconciliarse con Europa y, para los americanos, lo que aguarda es la reconciliación consigo mismos, pues, la brecha aún sigue abierta.